

PRESENTACIÓN:

¡GRAN INVENCION, PRECIOSO HALLAZGO!

ANTONIO CASTILLO GÓMEZ

¡Gran invención, precioso hallazgo, la carta!

P. SALINAS, *El defensor*

AÑADE Salinas, en su «Defensa de la carta misiva y de la correspondencia epistolar», uno de los sustanciosos ensayos que componen *El defensor* (1948), que la «carta es, por lo menos, tan valioso como la rueda en el curso de la humanidad». Tan valioso y, a fin de cuentas, tan antiguo, conforme se desprende de los estudios recogidos en este volumen.

En él hallará el lector un amplio y variado ramillete de incursiones o paseos por tal bosque narrativo. Las cartas y el oficio de su escritura como enjundioso asunto y excelente azotea desde la que asomarse a algunos de los hábitos desplegados por las sociedades que han acudido a ellas. Y esto desde los correos divinos de la antigua Mesopotamia hasta las modalidades contemporáneas de la epistolografía popular. Por el contrario, sin haberlo pretendido así, ha quedado fuera el movedizo y desmaterializado territorio del correo electrónico (del e-mail, vulgo emilio), objeto, no obstante, de recientes y singulares acercamientos.

Al convocar la sección *La correspondencia en la historia. Modelos y prácticas de la escritura epistolar nos movió el propósito de indagar en los discursos y maneras de la misma. En cierto sentido quisimos proseguir la senda trazada por otras iniciativas anteriores, sobre todo extranjeras, que, desde comienzos de los años noventa, fueron delimitando y abonando este terreno de investigación, empezando por la obra, de referencia obligada, *La correspondance. Les usages de la lettre au XIX^e siècle* (Fayard, París, 1991). En la introducción, Roger Chartier, su coordinador, señaló ya la conveniencia de analizar las cartas en cuanto prácticas sociales sujetas a la dialéctica que todo ejercicio de escritura establece*

entre la norma que trata de regularla y la libertad que desarrolla cada persona en el momento de escribir.

Apuntaba asimismo la necesidad de abundar en la historia de los usos de una manifestación escrita que hasta ese momento había interesado casi exclusivamente en cuanto fuente de información. El eco de esa reflexión se ha dejado notar en buena parte de los volúmenes que, en la última década, se han ido publicando en torno a las prácticas epistolares, caso, por citar algunos, de: Correspondre, jadis et naguère (ed. Pierre Albert, 1997); Per lettera. La scrittura epistolare femminile tra archivio e tipografia, secoli XV-XVII (ed. Gabriella Zarri (1999); Prezado senhor, prezada senhora. Estudos sobre cartas, ed. Walnice Galvão (2000); «Dolce dono graditissimo». La lettera privata dal Settecento al Novecento (ed. M^a Luisa Betri y Daniela Maldini Chiarito, 2000); Letter Writing as Social Practice (ed. David Barton y Nigel Hall, 2001); o Destinos das letras: história, educação e escrita epistolar (ed. Maria Helena Camara Bastos, Maria Teresa Santos Cunha y Ana Chrystina Venancio Mignot, 2002).

De manera más amplia el interés por las cartas como práctica social debe ponerse en relación con otros dos aspectos que también han marcado la reciente trayectoria de los estudios sobre cultura escrita: por un lado, la atención dispensada a la actividad manuscrita incluso en el período de la imprenta, sacando a flote un mundo historiográficamente oculto por el sol cegador del arte tipográfico; y por otro, la búsqueda de nuevos dominios del escribir que no fueran los habituales de la actividad oficial y administrativa, sino los más próximos a la gente: las escrituras cotidianas y personales. Ambos giros han traído sabida nueva a este ámbito de la investigación y están contribuyendo a una comprensión más plena del papel desempeñado por la escritura en las respectivas sociedades históricas.

Hablando un poco de las cartas, uno de los rasgos más sobresalientes de las mismas reside en la sustancial homogeneidad de su estructura¹. El discurso epistolar responde, en efecto, a un orden que puede verse tanto en los tratados del Renacimiento como en la manualística más contemporánea, incluso cuando se habla de contextos y realidades culturales diferentes. De facto, las mismas «seis cosas» que Antonio de Torquemada prescribió en su Manual de escribientes (ca. 1552), a saber: «Quién, A quién, Por qué, Qué, Cuándo, De qué manera»; son las que, mudando el tiempo y el lugar, nos volvemos a topar en el método de enseñanza adoptado en una escuela de Dominica en la segunda mitad del siglo XX;

¹ Armando PETRUCCI, *Prima lezione di paleografia*, Laterza, Roma-Bari, 2002, p. 87.

en concreto en aquella donde aprendió sus primeras letras Xuela, la protagonista de La autobiografía de mi madre:

Un día que no había empezado de ninguna manera especial, que yo recuerde, me enseñaron cuáles eran los principios básicos para escribir una carta. Una carta tiene seis partes: la dirección de quien la envía, la fecha, la dirección del destinatario, el saludo de cortesía, el cuerpo de la carta, el acabamiento de la carta².

Seis partes que acreditan la función comunicativa depositada en la producción epistolar y la «sacralización» de cuanto rodea dicha actividad. Al escribir una carta, quien lo hace participa, conscientemente o no, de una tradición asentada en el curso de los siglos, de un modo de hacer inveterado. Por supuesto, sin que por ello se tenga que presumir la desaparición ni del sujeto que escribe ni de la libertad que envuelve cada ejercicio de escritura. La carta testimonia modos específicos que remiten a distintas apropiaciones. Su concreta factura, textual, gráfica y material, es el espejo donde se ven tanto la adecuación entre autor, contenido y destinatario; como la diversa y desigual competencia de escribir. Profundizando en esta pista, las cartas son un buen reflejo de la mayor o menor penetración sociocultural de la razón gráfica; así como de la distinta capacidad o destreza, según se pertenezca, por ejemplo, a una clase acomodada y culta, habituada a servirse de ella, o a otra más popular y obrera, a menudo lindante con el analfabetismo.

La diversidad de sus tipos y usos atestigua la pluralidad de sus funciones. Al analizarlas nos enfrentamos, en fin, a los individuos, hombres y mujeres, que las han escrito y al repertorio de motivaciones que sustenta la necesidad de escribir. Desde el momento de su escritura, el hilo de la unión epistolar constituye, como sostiene Marlon Salomon, un «espacio social»³, es decir, un punto de encuentro entre quien escribe y la persona destinataria de la misiva. Articula un vínculo que puede ser estrictamente personal o familiar; o bien da lugar a la conformación de auténticas «comunidades de escrituras», de redes de sociabilidad sostenidas mediante el intercambio epistolar.

A la postre, cada carta representa una determinada experiencia escrita que podemos desmenuzar en sus componentes estrictamente gráficos; en el nivel de conocimiento y uso de la lengua; en la capacidad para producir un texto; o en el contenido mismo de éste, en el «cuerpo» epistolar. Por ello, su estudio abre nume-

² Jamaica KINCAID, *La autobiografía de mi madre* [1996], Lumen, Barcelona, 1998, p. 26.

³ Marlon SALOMON, *As correspondências. Uma história das cartas e das práticas de escrita no Vale de Itajaí*, Editora da Universidade Federal de Santa Catarina, Florianópolis, 2002, p. 22.

rosos horizontes y posibilidades. Para advertirlo sobra con echar un vistazo al índice de la presente obra: en él nos topamos con un surtido en el que caben desde epístolas filosóficas y literarias, entendidas a modo de tratados, hasta las cartas cotidianas; desde la correspondencia administrativa hasta la estrictamente privada; desde las cartas de reyes y nobles al testimonio de las clases populares.

Su análisis nos acerca asimismo a la sociología de la comunicación escrita, en general, y de la epistolar, en particular, en una perspectiva histórica; pero también a los problemas metodológicos que afectan a este campo de investigación y a la pluralidad de las fuentes que se pueden manejar. A su vez, tampoco es menor el uso de las mismas para comprender determinados aspectos de la época y de la sociedad a la que corresponden, ya sea en lo que toca a la vida cotidiana, a determinados problemas políticos, a ciertos debates intelectuales o a las corrientes educativas aventadas en algún momento de la historia.

En suma, tantas miradas y formas de proceder como autores y disciplinas. A este respecto, la presente obra ofrece igualmente una nutrida nómina en la que se dan cita especialistas en historia de la escritura, historiadores, filólogos o historiadores de la educación, entre otros.

Se trata, al fin y al cabo, de aportar nuevos materiales y reflexiones a la historia de una práctica, la correspondencia escrita, que hoy experimenta también muchas de las transformaciones acarreadas por la revolución electrónica.